



Mañanita de invierno

(DEL DIARIO DE UNA RECIÉN-CASADA)

Entre sueños, noté que Félix se levantaba. Oí ruido de agua en el lavabo, el choque de los cepillos contra la loza, la especie de hervor que hace el jabón cuando se espuma mucho. Lentamente fui despertando *por dentro*, sin abrir los ojos. Tan pronto me parecía que era muy tarde, las diez ó las once de la mañana, por lo menos, como que era muy temprano, de madrugada ó plena noche; y entonces me decía: «¿Qué tendrá que hacer á estas horas Félix?»

Sin saber lo que hacía, aparté el embozo de la cama; pero senti una impresión tan grande de frío, que hube de recogerlo en seguida:— «¡Decididamente es muy temprano; debe caer una helada por ahí

fuera!»—Me arrojé muy bien; pero volví á pensar en Félix:—«¡Se va á resfriar, de seguro!»

En aquel momento, tosió ligeramente, como quien evita meter ruido.—«¡Ya está, ya! Resfriado seguro... ¿A qué no pidió agua caliente para lavarse?»

Pero como esto lo dije para mis adentros, sin hablar, Félix no se enteró, claro es. Seguía traginando por la alcoba, acabando de vestirse, sin duda. Luego salió, de puntillas; y apenas hubo salido, cuando me desperté del todo, bruscamente, al empuje doloroso de una idea que hasta entonces había olvidado por completo.

—¡Félix, Félix!... ¿Te vas?

Volvió sobre sus pasos y se acercó á la cama. Yo tenía abiertos ya los ojos, pero no lo veía bien, á la escasa luz que reflejaba en el espejo del lavabo una bujía encendida en el gabinete.

—¿Pues no lo sabes?—dijo él inclinándose y besándome en la frente.—No he querido despertarte. Es muy temprano y hace mucho frío. Está amaneciendo.

Debo confesar que soy muy friolera. En invierno no sé vivir más que al lado de la estufa, ó al sol, andando mucho, en los días despejados. El mayor sacrificio

que de soltera hacía, era levantarme temprano para ir con mamá á la iglesia, en las mañanitas de Diciembre y Enero, con aquel airecito picante y sutil del Guadarrama, que abre las carnes; pero mamá es así, madrugadora, y no había más sino seguirla. Cuando alguna vez refunfuñaba yo más de la cuenta, ella me contestaba: «El día que te cases, harás lo que mejor te parezca. Ahora soy yo quien da el tono.» Excuso decir si tendría yo ganas de casarme; aunque, á la verdad, no era sólo por esto.

Pues bien: así que me hube dado cuenta exacta de que Félix se iba, y recordé que era para un viaje largo, á Toledo (cosa de intereses, ineludible), se me pasaron de golpe toda la pereza y todo el miedo al frío. De un salto estuve fuera de la cama, como una valiente.

—¡Pero, muchacha!—dijo él, admirado.—¿A qué te levantas?... No hace falta. Tengo arreglada la maleta. Sólo me queda tomar el café, y andando!

—¡Por supuesto!—contesté yo mientras me vestía en cuatro puñados.—Es la primera vez que te apartas de mí... Quiero que estemos juntos hasta el último momento.

Se echó á reir, tomándolo á broma; pero conocí que le satisfacía aquel rasgo de cariño, ¡vaya si le satisfacía! La verdad es que era para agradecérmelo mucho. En mi vida me he sentido más ágil, más entonada de cuerpo, menos sensible á la temperatura exterior. Lo que me preocupaba era él, su viaje, aquella separación de unos días... Me puse una bata de piqué, de mucho abrigo, y, después de ceñírmela á la cintura, me cogí del brazo de Félix.

—Vamos á tomar café,— dije.

Me miró con unos ojos de agradecimiento tan grande, tan profundo, con un cariño tan dulce, tan inmenso, que enrojecí toda de placer. Apretando mi cuerpo contra el suyo, fuimos al comedor.

Allí ya era otra cosa. Como el balcón da al jardín, veíase un gran trozo de cielo pálido, que no se sabía bien si estaba despejado ó cubierto de niebla. Ramona, mi doncella, había encendido la estufa; y la llama del cock daba luces extrañas, más intensas que las del crepúsculo, pero menos difusas.

Sentados el uno frente al otro, nos desayunamos mi marido y yo, febrilmente, sin saber lo que hacíamos. Por bajo de la mesa habíame cogido él una mano, y me

la apretaba fuertemente. Yo le miraba, le miraba sin cansarme, como si no lo hubiera de volver á ver.

El reloj de la antesala dió una hora, no sé cuál.

—Tengo el tiempo justo,—dijo Félix, levantándose apresurado.—Adiós, hija mía, hasta la vuelta.

Le acompañé, siempre cogida de su brazo; pero cuando llegamos á la puerta, me rechazó dulcemente.

—No, no salgas. El jardín está muy frío y húmedo.

Yo moví la cabeza negando, estrechándome más contra él. Salimos. La tierra estaba cubierta de escarcha; los árboles negros, sin una hoja; y más allá de la verja, por entre los hierros, distinguíase el horizonte violáceo de la sierra, en que brillaba la nieve con la luz de no sé qué sol, invisible para nosotros. La impresión de frío me hizo estremecer.

—¿Ves, chiquilla?—exclamó Félix.—Tú no tienes costumbre de levantarte tan temprano; vas á ponerte mala...

—¡Pero si no siento frío!—contesté. Y en seguida añadí muy bajo:—«Vuelve pronto.»

En la cancela, nos despedimos. Estaba

allí presente el jardinero Miguel, que llevaba la maleta de Félix; pero yo, que soy tan vergonzosa, no tuve entonces reparo alguno. Abracé á mi marido, que me apretó contra su pecho largamente; y en aquel instante no hubo para mí invierno, ni escarcha, sino primavera dulce, calor suavísimo y deleitable. ¡Allí hubiera querido estar siempre!

.....
Volvi sola al hotel; y cuando desde lo alto de la terraza, con la mano en el pomo de la puerta, volvi atrás la cara, contemplé el jardín desierto y vi cómo, del otro lado, por la Castellana, corría el coche en que se iba mi Félix..., ¡entonces sí que sentí el frío de aquella mañanita de invierno!



En la mina

.....
Llegaron al tren de carbón, que estaba formado más allá de los muelles. Parecía un juguete, con su maquinita de ancha chimenea, sus vagonetas portadoras de hulla, y á la cola un vagoncito que semejaba un baúl grande agujereado. Subieron, y el tren comenzó á deslizarse rápidamente sobre los rieles tendidos á lo largo de la carretera despejada y limpia, á cuyos bordes empezaba la vega de verdes prados y huertas frondosas, regada por un río de corriente fortísima, que llenaba el aire con el rumor de sus aguas bullidoras. En quince minutos salvaron la distancia que les separaba del plano inclinado.

—¿Vamos á subir por ahí?, preguntó

Nieves mirando asustada la atrevidísima pendiente, por donde corrían entonces dos vagonetas en sentido contrario.

—Por ahí no, contestó el capataz. Subiremos á pié por un camino que está al lado.

Y cogiendo la maleta de Nieves, echó á andar.

El segundo tren no era tan cómodo como el primero. Llevaba á la cola una vagoneta de las que llaman «mesillas», abierta por los lados, sin toldo y provista de bancos de madera.

—Cójanse bien, porque las curvas son rápidas, observó el capataz.

Y en efecto. El tren culebreaba constantemente, subiendo por las laderas de los montes cubiertos de castaños sin hoja y rezumando humedad por todas partes. Cuando se metía por una cañada, la impresión de humedad hacíase tan viva, que Nieves se apretaba instintivamente contra su marido. Como marchaban por la vertiente Norte, no les daba el sol. Parecían envueltos en un crepúsculo; pero al otro lado del valle, sobre las laderas de enfrente, la luz dorada era más alegre y más viva.

Cuando llegaron á lo alto, junto á la criba del carbón, paró la máquiua. El suelo estaba negro, lleno de montones de hulla menuda y de pizarra y caliza lavadas, relucientes. Nieves saltó sin escrúpulo, como quien no teme mancharse. Llevaba una falda negra corta, una torera de paño azul, con faja de seda del mismo color, y una boina oscura, graciosamente inclinada á un lado.

—¿Entraremos en la mina?, preguntó.

—Como la señora quiera, dijo el capataz. Pero habiendo de estar bastante tiempo dentro, quizá sería mejor que los señores almorzasen. Es más de la una.

—Opino por el almuerzo, observó Guillermo, á quien el airecillo de la mañana había abierto el apetito grandemente y que no gustaba de trastornar las horas de comida.

Almorzaron al aire libre, al pié de un castaño, en un espacio exento de carbón, bastante seco y calentado por un rayo de sol que allí caía; y cuando terminaron, el capataz se les acercó nuevamente.

—Cuando los señores quieran entraremos en la mina, dijo. Pero antes convendrá que se pongan unas botas altas que tengo preparadas.

—¿Hay mucha humedad ahí dentro?, preguntó Nieves.

—En el suelo sí, señora, y en las paredes; pero del techo apenas cae agua ninguna... De todos modos, añadió con alguna vacilación, creo que la señora lleva un traje demasiado bueno... Si la señora quisiera ponerse una blusa... de estas nuestras...

—No, no hace falta, interrumpió Nieves riéndose. Déjenme ustedes un momento sola en las oficinas, y ya verán ustedes cómo resuelvo todas las dificultades.

Se encerró en el despacho del capataz, con la maleta; y á poco salió graciosamente vestida con un pantalón ancho de ciclista, las botas altas que le cubrían hasta el arranque del pantalón y el airoso busto envuelto en una blusa negra, ceñida al talle y abrochada casi hasta la barba. En la cabeza llevaba la boina. Guillermo no pudo contener una exclamación. Nunca había visto á su mujer tan elegante, tan ligera, tan aniñada como entonces.

—He aquí mi sorpresa, dijo Nieves. ¿Te parece bien? Así no hay miedo á que me manche la falda.

Y cogiendo una de las lámparas de seguridad que tenía preparadas el capataz, añadió:

—Andando. Entremos.

La galería era ancha, de bastante elevación, perfectamente estibada con grandes maderos que formaban á los lados una gran columnata, á trechos cubierta de hongos de extrañas formas. Por el suelo deslizábase el doble carril que servía para que las vagonetas, tiradas por un mulo, sacasen el carbón arrancado de la tierra; y las dos cintas de hierro, rojas por la humedad que empapaba la galería, hundíanse á veces en un charco de agua ó en un barro negruzco, muy blando, que chapoteado por los piés, sonaba como la pasta que los albañiles amasan en las grandes artesas de las construcciones.

De vez en cuando el capataz, que iba delante, advertía:

—A la derecha..., á la izquierda... Sigán los rieles.

Y las luces describían curvas, buscando el terreno firme ó menos encharcado, huyendo de las corrientes de agua que á menudo atravesaban la galería en riachuelos sucios, negros ó amarillos. Nieves

y Guillermo procuraban seguir estas indicaciones, variando á cada momento de direcció;n; pero la falta de práctica les hacía fallar á veces, resbalando el pié que iba á hundirse, con ruido agrandado por el silencio de la mina, en un hoyo lleno de agua; y como las botas altas, de fuerte suela, hacían inofensivos estos bañíos, cada resbalón era motivo de risas, un pretexto para dar salida al buen humor de la juventud y del amor satisfecho.

Llevarían andados unos trescientos metros cuando Nieves, parándose de pronto, exclamó levantando su lámpara:

—¿Qué es esto? ¿Una chimenea?

Entre el muro lateral y el techo, en plena masa de carbón, abriase un boquete no muy ancho, que parecía continuar en la sombra hacia arriba.

—Es un pozo, señora. Por aquí comunica el piso segundo, donde está la explotación nueva; y el carbón que arrancan allí los picadores, cae por esta abertura para ser recogido en las vagonetas.

Acercando las luces, contemplaron aquel boquerón todo negro, apenas practicable para un hombre, y cuyas paredes de hulla se irisaban á trechos con extra-

ñas coloraciones metálicas. Aplicando el oído, percibíanse los golpes oscuros, lejanos, de los picadores.

—¿Y hay hombres ahí dentro?, preguntó Nieves.

—Si, señora, dijo el capataz. Los hay arriba, al final del pozo. A veces, ni de rodillas pueden estar, y han de acostarse de espaldas para ir abriendo camino con la piqueta en la masa del carbón.

Un estremecimiento de angustia sacudió á Nieves; y dando un paso atrás, retirando la lámpara, dijo con voz ahogada:

—Sigamos adelante.

Pero no habían andado tres metros cuando sonó, en las profundidades de la galería, un ruido sordo y potente, como si arrastrasen por el suelo pesadas cajas de gran volumen.

—Es el tren, dijo el capataz. Arrímense á un lado.

Aprovechando un hueco entre dos pozos, pegáronse al muro, rezumante de humedad, y esperaron. Pronto brilló, al parecer muy lejos, una luz que avanzaba lentamente. El ruido se hizo más claro, más poderoso; y al fin apareció el tren de vagonetas, tirado por una mula que andaba perezosamente, vigilado por un mi-

nero que pasó sin apenas mirar á los visitantes.

Un poco más allá torcía la mina, en ángulo casi recto, á la izquierda.

—Lleven cuidado, dijo el capataz. El suelo tiene aquí gran pendiente, y baja mucha agua por los costados.

Pisando sobre los rieles y apoyándose á trechos en los poyos de ambos muros, avanzaron con lentitud; y de pronto se encontraron al fin de la galería, ante dos mineros que, piqueta en mano, atacaban la pared cortando la veta de carbón.

—Esto es lo que se llama una «guía,» dijo el capataz. En este sentido se atraviesa el ancho del yacimiento, que sigue hacia arriba en un espesor de tres metros.

—¿A qué distancia estaremos de la entrada?, preguntó Guillermo.

—A cosa de un kilómetro. ¿Lo dice usted por el aire?... Algo sofoca ya por aquí.

Pero Nieves, que se sentía muy bien y no quedaba satisfecha con el espectáculo de la «guía,» poco llamativo en verdad, protestó diciendo:

—Por mi parte, no encuentro que sofoca. ¿Habrá otras galerías que ver?

—Si, señora, contestó el capataz. Ire-

mos á una que es muy curiosa, porque tiene *grisú*.

—¡Pero el *grisú* es peligroso!, dijo Guillermo.

—En grandes masas, sí, señor, pero aquí hay muy poco, y la galería se ventila con frecuencia. Lo verán ustedes arder.

Retrocedieron hasta llegar nuevamente al ángulo, y entonces tomaron otro camino, á la derecha. De pronto, el capataz hizo alto y se inclinó hacia el suelo.

—Aquí, dijo. Vean ustedes cómo se escapa el *grisú*.

El suelo formaba, en su mayor parte, una laguna de agua sucia, cuya superficie agitábase por varios sitios, en lento burbujeo.

—Esas burbujas las hace el gas; adviertan cómo arde.

Acercó la lámpara, cuya llama se agrandó tomando tonos azulados que desaparecían rápidamente; y mientras repetía la operación en diversos sitios, Nieves y Guillermo, silenciosos, pensaban en la cruel contingencia de la vida, que en aquel momento dependía para ellos de lo imprevisto, de unas cuantas burbujas más de aquel fluido traidor, escondido en las entrañas de la hulla para sorprender

al minero y quemarlo de pronto con sus fuegos devoradores. Rápidamente les ganó la zozobra, la inquietud del peligro. El grave silencio que reinaba en la galería, la obscuridad que les rodeaba fuera del estrecho círculo de luz de las lámparas, el calor que ya se notaba en aquellas profundidades, todo comenzó á pesar sobre ellos, ahogándolos y turbándoles la alegría de antes. Pero no se movían, temerosos de parecer cobardes, de ponerse en ridiculo, esperando que el capataz diera fin á la escena. Al cabo Nieves habló:

—Basta, ya lo hemos visto. ¿Salimos?

Desanduvieron lo andado, lentamente, con las mismas precauciones de antes, pero no con menos resbalones y chapoteos en el agua. Cuando llegaron á la bocamina y vieron otra vez el cielo azul y los reflejos del sol, próximo á ocultarse, Nieves lanzó un suspiro de satisfacción y se cogió del brazo de Guillermo. Luego, concretando en una pregunta todos sus pensamientos, dijo mirando al capataz:

—El carbón ¿es cosa que haga mucha, mucha falta?

—¡Ah, si, señora!, contestó sorprendido el otro. Ya ve usted, los ferrocarriles, los barcos, las fábricas...

—Si, si, murmuró ella. Pero esos hombres ahí dentro, con la muerte á cada paso!..

El capataz sonrió, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Esta es la vida, señorita, dijo apagando su lámpara. Peligros hay aquí como en todas partes. ¿Qué más da, si el pan no cae llovido del cielo?

.

